

DEMAGOGIA Y DISCURSO ANTICORRUPCIÓN EN EL PRIMER CUARTO DEL SIGLO XXI. ¿QUIÉNES LO UTILIZAN Y POR QUÉ?

Oscar Diego Bautista

*Doctor por la Universidad Complutense de Madrid (UCM).
Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (Conahcyt) de México.*

El adulador, terrible monstruo, sumamente dañino.

PLATÓN, Fedro.

Se debe usar siempre de la retórica y de toda otra acción en favor de la justicia

PLATÓN, Gorgias

RESUMEN

Hasta la mitad del siglo XX, la corrupción era un tema tabú en algunos países latinoamericanos, sobre todo es aquellos inmersos en dictaduras. Sin embargo, gracias a la ola democratizadora que vivió la región en la década de los noventa del siglo XX, diversas temáticas se fueron abriendo a la opinión pública. Sin embargo, desde finales del siglo XX y hasta el presente (2025), existe un abuso del concepto corrupción en el discurso político. Analizar en qué consiste el discurso anticorrupción, su estrecha relación con la demagogia, quiénes lo practican, para qué fines, así como qué efectos genera en la ciudadanía es el propósito de este artículo.

1. INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas del siglo XX, una ola de democracia llegó a América Latina provocando que dictaduras y semidictaduras cayeran y que las sociedades se abrieran al mundo. Gracias a la explosión de las comunicaciones y a la fluidez de la información, los casos de corrupción se hicieron más visibles a la luz pública. Casos y casos surgían e indignaban a la ciudadanía, generando la desconfianza hacia sus gobiernos. Las acusaciones de corrupción se convirtieron entonces en el arma favorita de políticos, sobre todo en época de procesos electorales, con el fin de desacreditar al contrincante.

La supuesta integridad del personaje político comenzó a cobrar importancia frente a la capacidad del estadista. Al respecto, es de señalar una frase que causó polémica en México siendo presidente Andrés Manuel López Obrador. En noviembre de 2019, al anunciar el nombramiento de Ángel Carrizales como titular de la Agencia de Seguridad, Energía y Ambiente (ASEA), el cual había sido rechazado en el Congreso para ocupar puestos en dependencias y organismos del sector por considerarse que no contaba con la experiencia requerida, López Obrador declaró que en su gobierno importaba más la honestidad que la experiencia, afirmando que, en términos cuantitativos: “en su administración le interesa tener servidores públicos con 90% de honestidad y solo 10% de experiencia. Antes era al revés, 90% de experiencia y 10% de honestidad” (Canchola, 2019).

Bajo ese razonamiento, más de una persona honesta, pero sin capacidad para el cargo, ha llegado a los más altos niveles de gobierno, con el sorpresivo añadido de que esa honestidad suele ser ilusoria o fingida. Esto, aunado a la incompetencia, están haciendo mucho daño a las instituciones.

Este trabajo se estructura en tres partes. En la primera se define la importancia del discurso demagógico, así como el perfil del demagogo; en la segunda, se hace mención propiamente a los tipos de discurso sobre la corrupción; finalmente, la tercera parte, muestra algunos de los efectos que genera dicho discurso en la sociedad.

2. DISCURSO, DEMAGOGIA Y PERFIL DEL DEMAGOGO

Se entiende por discurso la exposición oral sobre algún tema que se pronuncia en público. Y el campo de conocimiento que estudia el discurso cuyo objetivo es convencer es la retórica. La retórica tiene que ver con el uso oral de las palabras. Las palabras producen actos, ahí radica su poder. En la palabra se encuentra el origen tanto de la esclavitud como de la libertad. La palabra, en manos del retórico, posee un poder mágico que puede llegar a hipnotizar. Mediante el uso del lenguaje se puede obligar a obedecer los deseos del orador. He aquí el origen de la esclavitud o sometimiento a través del lenguaje. En palabras de Platón, la retórica sería un arte de conducir las almas por medio de las palabras” (Platón, *Fedro*, 261 b).

Una pregunta básica que se plantearon los antiguos sabios y filósofos en la Grecia clásica fue la de si el retórico, al estructurar su discurso y dirigirse a un auditorio, debía o no hablar con la verdad y la justicia. Desde entonces y a lo largo de la historia, la respuesta a esta pregunta ha dado pie a dos posiciones. La primera emplea la mentira, la falacia y la adulación al expresarse, denominándose *retórica negativa*. La segunda emplea la verdad como principio en el hablar, llamándose *retórica positiva*, la cual también busca el convencimiento del oyente, pero a través de un objetivo y veraz.

(...) hay dos clases de retórica, una de ellas será adulación y vergonzosa oratoria popular; y hermosa, en cambio, la otra, la que procura que las almas de los ciudadanos se hagan mejores y se esfuerza en decir lo más conveniente, sea agradable o desagradable para los que oyen (Platón, *Gorgias*, 503 a).

En el primer tipo, el retórico carece de ética; su discurso se centra en manipular distorsionando la verdad para llevar al auditorio al servicio de intereses particulares. En esta clase de retórica se encuentran los demagogos. Un demagogo en política reúne entre sus características el ser hábil, astuto, hablador, adulador, mentiroso y jactancioso. Puede ser incluso un actor, lo que lo define perfectamente por lo que es, un impostor, un charlatán, un politicastro, es decir, “un político inhábil, rastreo, mal intencionado que actúa con fines turbios” (RAE, 2012).

El segundo tipo de retórica se acompaña de ética y educación. Persuade a los ciudadanos con argumentos verdaderos y con valores éticos. Platón escribió en su obra *Fedro* que “No hay arte de hablar ni lo habrá jamás si no está basado en la verdad”. Y en *Gorgias* dijo: “Se debe usar siempre de la retórica y de toda otra acción a favor de la justicia” (527c, 3-4). Este tipo de retórica es menos común pues requiere estudio y esfuerzo. “Hay que llegar, por tanto, al fondo del lenguaje, al conocimiento de la persuasión que tiene que ver con la verdad y no solo con la apariencia” (García, 2007, 299).

Ya Aristóteles, uno de los grandes de la teoría política, advertía sobre el riesgo de que abundaran aduladores en la democracia ya que estos cobraban importancia al ganarse el favor popular con halagos y mentiras. También Platón había hecho crítica de los sofistas, que eran maestros de retórica y se valían de sofismas, argumentos con los que defendían lo que era falso.

Cuando la retórica o arte de hablar no está al servicio de la verdad y la justicia es porque sirve a los intereses de quien habla. Hay un interés oculto. Y este interés es más grande cuando se une al poder político, afectando así a toda una comunidad. “Los hombres que ambicionan el poder actúan como demagogos y llegan hasta a dar al pueblo la soberanía sobre todas las cosas”, escribió Aristóteles (*Política*, 1305a, 43-45).

El ser humano es la única especie animal que cuenta con un lenguaje estructurado hablado y escrito. Dicho lenguaje puede ser usado para bien o para mal, lo cual le da un extraordinario poder. De

ahí que se diga que la palabra es poder y que toda autoridad depende y se apoya en ella. La historia nos demuestra que los grandes líderes y pensadores del mundo han usado la supremacía de las palabras para formar, educar, transformar o dominar.

No obstante, la retórica negativa es la más común, sencillamente porque es más fácil de practicar. Y esta, en boca del demagogo, es peligrosa ya que con ella engaña fácilmente a los oyentes. En un debate entre una persona que sabe, pero no posee el don de la palabra, y un demagogo, este puede colocarse por encima del que sí sabe y ridiculizarle, como si no supiera.

Como la retórica demagógica logra atraer la atención de los oyentes con mentiras reiteradas y exaltación de los más íntimos anhelos de la audiencia, el demagogo poco a poco va seduciéndola hasta convencerla de lo que él quiere; el público termina por creer lo que se le dice. Un proverbio chino expresa: “Di mil veces una mentira y se convertirá en verdad”. Aunque una mentira no se convierte efectivamente en verdad, el espectador termina por creer que sí lo es.

Algunas de las características más comunes en un demagogo son las siguientes: a) carece de formación ética, b) su discurso se centra en persuadir, pero a costa de lo que sea, c) es un distorsionador nato de la verdad y de la justicia, d) es adulator y manipulador, e) expresa sus ideas con total seguridad, aunque estas no tengan fundamento, f) su estilo es vulgar, a veces grosero, g) es un charlatán (del vocablo italiano *ciarlare*), lo que significa que habla mucho y sin sustancia. También se puede decir que *cantinflea*, h) se apoya en falacias, es decir, argumentos que parecen válidos, pero son falsos, i) es astuto, j) es frívolo, k) se apoya en un atractivo lenguaje no verbal, hasta convertirse en un actor.

Entre las principales armas del demagogo se encuentran el manejo del lenguaje, la persuasión y la mentira. Mediante su elocuencia, persuade a los oyentes a creer en lo que dice sea lo que sea.

El idiota moral

Es de señalar que, en la Grecia clásica, en general, se educaba al ciudadano a tener conciencia de ser parte del Estado y trabajar por el bien común. La frase aristotélica *Zoon politikon* traducida como “El hombre es un animal político”, hace referencia a que todo ser humano es un ser social y, por lo tanto, necesita vivir y participar en la comunidad. Ser ciudadano implicaba, además de ser miembro de la comunidad política, tener sentido de pertenencia, lo cual suponía un compromiso hacía la colectividad. Dicho compromiso no era por obligación, sino por convicción. Sin embargo, existían personas que no comprendían esta afirmación y se aislaban, argumentando, en su ignorancia, que no necesitaban de los demás. A aquellos que no comprendían la importancia de vivir en comunidad y participar de lo público, y que solo pensaban en ellos mismos manteniendo una conducta individualista, se les veía como enfermos, por lo que se les denominaba “idiotas”. Este tipo de personas no pasó desapercibido a los grandes filósofos, los cuales entendían el concepto de “idiota moral” como:

(...) aquel que tiene mermadas sus facultades mentales, es el individuo que teniendo un nivel más o menos de desarrollo de su intelecto, sin embargo, es incapaz de distinguir las implicaciones éticas de sus conductas y decisiones. Es el que manifiesta una insolvencia para distinguir entre el bien y el mal a la vez que actúa con seguridad en sí mismo, con soberbia, frialdad y ausencia de compasión. El idiota moral no nace, se hace. Mediante el aprendizaje y simbiosis con la acción de otros idiotas morales, se inculca el culto al individualismo exacerbado, la codicia, el desprecio hacía el bien común, el rechazo a la defensa del interés general y la burla del principio de legalidad, el cual considera que está para que se les aplique a los demás, pero no a ellos, pues creen que están por encima de las normas (Linares, 2025).

En este sentido, en el siglo XIX, con el auge de la Revolución Industrial, se fueron gestando las actuales democracias. “Lo hicieron acompañadas de los principios de la economía liberal: codicia, avaricia, anhelo de poder, elementos que han dado pie a una conducta profundamente individualista en la sociedad” (Diego, 2017, 15). En consecuencia, con el nacimiento del capitalismo antivalores como el

individualismo, el egoísmo y el concepto de competencia para estar por encima de los demás dio paso a un crecimiento de idiotas morales. Hay que señalar que la personalidad del idiota moral puede evolucionar negativamente hasta convertirse en un psicópata. Cuando hay una debilidad o ausencia de valores y principios éticos, aunado a una sociedad de consumo en la que la codicia, la ambición, el anhelo de poder son el *leitmotiv* de estos individuos, se da pie al surgimiento de *trastornos de personalidad*, los que a su vez dan origen a la *psicosis* y a la *psicopatía*. He aquí la explicación de qué numerosos demagogos y corruptos sean psicópatas; su mente está dañada, carecen de una salud mental, por lo que son propicios a hacer el mal.

El cerebro del psicópata funciona de manera diferente al de la mayoría de las personas, como de manera diferente funciona el cerebro de un músico. Genética y cerebro ponen las bases para el mal; la sociedad pone el contexto. Ninguno de estos elementos es suficiente y todos son necesarios. Nadie nace condenado a ser músico, como nadie nace condenado a ser malo. Para ser músico hace falta algo más que talento, para ser malo hace falta algo más que ser poco empático: hay que decidir hacer el mal en lugar del bien. Al psicópata lo define el precio que está dispuesto a pagar y a cambio de qué beneficio. Es decir, la maldad es el resultado de un dilema moral. Todos lo resolvemos de manera muy similar. Nos diferencia dónde colocamos los límites (Morón, 2018, p. 4).

Mercedes Fernández, en su artículo titulado “Psicópata de cuello blanco, qué es y cómo saber si estás con uno” lo define de la siguiente manera:

Los psicópatas de cuello blanco mienten, engañan y estafan a los demás para su propio beneficio o simplemente por gusto y placer (...) El término "psicópata de cuello blanco" se refiere a individuos que exhiben comportamientos psicopáticos en el ámbito de los negocios, finanzas u otras áreas profesionales. Estas personas suelen estar involucradas en actividades delictivas, pero a diferencia de los criminales comunes, sus delitos están relacionados con fraudes financieros, malversación de fondos, corrupción corporativa u otras prácticas ilegales dentro de contextos empresariales.

La expresión "cuello blanco" se utiliza para describir a profesionales y ejecutivos que suelen vestir camisas o blusas de color blanco como parte de su uniforme empresarial. Por lo tanto, el término "psicópata de cuello blanco" destaca la conexión entre la conducta psicopática y el entorno corporativo o financiero. Estos individuos a menudo muestran falta de empatía, manipulación, engaño y una búsqueda implacable de sus propios intereses, incluso a expensas de otros.

(...) el psicópata es incapaz de sentir culpa y usa a los demás para alcanzar sus fines. Este trastorno de la personalidad se caracteriza por una predisposición que persiste en conductas antisociales.

Quienes presentan este tipo de trastorno mienten, engañan y estafan a los demás para su propio beneficio o simplemente por gusto y placer. Esto necesariamente termina asociado a conductas criminales y constituye el núcleo del delincuente de cuello blanco. Un psicópata es insensible, egoísta, despreocupado por el bienestar ajeno y no siente empatía, ni culpa en sus actos malvados.

Falta de empatía, alta capacidad de manipulación, comportamiento impulsivo e irresponsable, narcisismo desmedido, uso permanente de la mentira, poder de seducción, ausencia de remordimientos, abuso y hostigamiento, obsesión con el poder y el control (...) (Fernández, 2024).

Esta autora nos señala que, desafortunadamente, hay psicópatas o enfermos mentales incrustados en las diversas escalas de la sociedad. Al señalar que son “de cuello blanco” nos induce a pensar en

ejecutivos, banqueros, empresarios, altos funcionarios, en general son personas que gozan de un buen estatus económico y llevan un elevado tren de vida.

En una sociedad capitalista y neoliberal se invita al individuo a ser exitoso, tener cada vez más y más bienes materiales y recursos económicos. Max Weber, acuñando el espíritu *del capitalismo* la definía de la siguiente manera: “la mentalidad que aspira sistemática y profesionalmente al lucro por el lucro mismo es una actitud, un *habitus*, una disposición psíquica del individuo que se manifiesta en sus pautas de comportamiento, en los criterios con los que organiza su vida. El espíritu capitalista, en concreto aspirar a ganar dinero como un fin en sí mismo” (Abellán, 2003, 17). De esta manera, el dinero, de ser un medio, se convierte en el fin de la vida, hay una realidad invertida; es como poner las cosas de cabeza, el mundo al revés.

La realidad del siglo XXI demuestra que individuos con este perfil, es decir, el idiota moral o el psicópata de cuello blanco, se encuentran por todas partes, peor aún se hallan aferrados a los cargos públicos en los gobiernos y administraciones públicas, y toman decisiones que afectan a millones de ciudadanos. De ahí que en la mayoría de las democracias contemporáneas se encuentren personas corruptas bajo la máscara de personas íntegras, honorables y comprometidas que aparentan trabajar por el bien común.

La experta en criminología, Agustina Vinagre, de la Universidad Internacional de la Rioja (UNIR), señala que en la sociedad existen “*psicópatas socialmente integrados*”. En apariencia, son personas con capacidad de liderazgo, exitosas, carismáticas, atractivas socialmente, atrevidas e intrépidas y, a la vez, con un encanto superficial y manipulador. Sin embargo, en la parte interna de su ser, se acompañan de problemas de salud mental al ser inmaduros, egocéntricos, berrinchudos, intolerantes a la frustración por no haber llegado a un grado de madurez emocional y de tolerancia hacia el otro. El psicópata no siente empatía, culpa o remordimiento. Se trata de sujetos insensibles, egoístas, narcisistas, amorales, despreocupados por el bienestar ajeno. Dada la expansión de antivalores que caracteriza a las sociedades contemporáneas, este tipo de personalidades se ha disparado.

En el caso del sector público hay presencia de psicópatas socialmente integrados en los distintos niveles de gobierno (federal, estatal y municipal); en los distintos poderes públicos (legislativo, ejecutivo, judicial), en ámbitos variados de la sociedad (político, económico, cultural). También operan en el sector privado y en el sector social; en cualquier caso, dañan a las instituciones porque las corrompen.

3. DISCURSO SOBRE LA CORRUPCIÓN DEL PSICÓPATA-DEMAGOGO

Cabe preguntarse cuál es el motivo de la proliferación de discursos en torno al combate a la corrupción. Si estos discursos fueran acompañados de políticas públicas *ad hoc*, se entendería. Pero no es así. Entonces, ¿cuál es el propósito de tanta proclama? Es posible encontrar varias respuestas: a) se trata de encontrar un “chivo expiatorio” que sirva como causa de los diferentes males que aquejan a la sociedad; b) se busca adherirse a una “bandera” para captar la atención y con ello ganarse la simpatía de los oyentes. Estas tácticas conducen a captar adeptos incondicionales, a obtener el reconocimiento como líder supremo y a dominar a la opinión pública al tenerla embelesada.

Respecto al discurso que se hacen los demagogos sobre la corrupción, existen varios tipos:

1. *Los que mencionan una y otra vez la lucha contra la corrupción, aunque todo siga igual*

Un ejemplo fue Enrique Peña Nieto, expresidente de México (2012-2018), a quien se atribuye la “hazaña” de crear el Sistema Nacional Anticorrupción (SNA) en 2015. Sin embargo, un análisis exhaustivo de aquel periodo señala que su administración estuvo plagada de casos de corrupción. Él mismo fue motivo de escándalo con el caso denominado “Casa Blanca”, una vivienda con valor de 7 millones de dólares en las Lomas de Chapultepec, zona exclusiva en la Ciudad de México, que le regaló la empresa de construcción Grupo Higa a cambio de contratos millonarios en obra pública. Dado el

alboroto que generó esta noticia, Peña Nieto diseñó una estrategia para limpiar su imagen y la de su administración, y qué mejor manera que crear un Sistema Nacional Anticorrupción. No obstante, dicho proyecto tenía truco: contar con una compleja mecánica de funcionamiento que impedía que funcionara, resultando ser un “elefante blanco”. Una vez más, se usaba el viejo principio en política de *gatopardismo*, es decir, cambiar para que nada cambie, mover las cosas para que todo siga igual.

Un segundo ejemplo en este rubro es el caso del expresidente de México (2018-2024), Andrés Manuel López Obrador, quien estando en la oposición, se dedicó a criticar duramente a los gobiernos en turno por el alto nivel de prácticas corruptas, prometiendo que acabaría con la corrupción si él llegaba a la presidencia. Al respecto, hay que señalar algo importante: la afirmación “acabar con la corrupción” es una entelequia, es demagogia pura; es como si se dijera que se va a acabar con la maldad en el mundo. El problema de la corrupción no puede eliminarse, aunque sí prevenirse y controlarse.

Una vez alcanzada la presidencia, López Obrador declaró: “Ya no hay corrupción”, “Eso era antes”, “Se acabó la corrupción”; de un día para otro había eliminado la corrupción. Sin embargo, los hechos acabarían por demostrar lo contrario: un año después de su salida como presidente, en febrero de 2025, Transparencia Internacional dio a conocer el Informe de Percepción de la Corrupción (IPC) 2024, en el que señaló que México había elevado su nivel de corrupción desde la posición 126 a la 140 de 180 países encuestados, el peor puesto desde que este índice se creó.

Los ejemplos de políticos que afirman combatir la corrupción sin hacerlo verdaderamente se han reproducido una y otra vez en diversos países de América Latina, aspirantes en política que afirmaban que combatirían la corrupción, pero que una vez en el poder, ellos mismos participan y/o crean sus redes de corrupción. Para muestra basta un botón, la empresa brasileña Odebrecht, la cual operaba ofreciendo abiertamente sobornos a funcionarios e incluso a presidentes a cambio de contratos millonarios. En esta trama se vieron involucrados diversos presidentes de América Latina que juraban ser honestos y que gobernarían con integridad.

2. Los cínicos de la corrupción

Otro grupo de políticos es el de aquellos que han robado y lo declaran cínicamente sin expresar un mínimo de vergüenza. Son ejemplos: a) El expresidente de México (1920-1924), Álvaro Obregón, quien en una batalla de la Revolución Mexicana perdió un brazo declaró: “Todos los gobernantes robamos, pero yo robo menos, pues solo puedo tomar con una sola mano”; b) En junio de 2014, el exalcalde de San Blas, Nayarit, Hilario Ramírez, declaró: “Robe, pero poquito, solo una rasuradita”; c) En febrero de 2025, el diputado por el partido Morena (movimiento de regeneración nacional), Pedro Haces, afirmó: “Todos tenemos cola, pero la mía es chiquita, como la de un hámster”.

3. Los que hacen apología de la corrupción

Existen también quienes no disimulan su inclinación a la corrupción, justificándola como necesaria para lograr los objetivos deseados. Pero ¿los objetivos de quién? Por ejemplo, en juzgados del Poder Judicial, donde la obtención de sentencia frecuentemente se demora, ofrecer un soborno a jueces y/o funcionarios hace que el expediente se acelere y, en poco tiempo, se logra el resultado. Con ello, además de que se cierra un caso, el sujeto corrompido se siente satisfecho por que recibió un ingreso extra que le sirve de motivación.

También existen teóricos o ideólogos de la corrupción¹ que incluso alaban este fenómeno. El libro de Bernard de Mandeville (1714), *La Fábula de las abejas. Vicios privados beneficios públicos* es una obra clásica que hace apología de la corrupción.

¹ Durante el VIII Congreso de Ciencia Política y Administración de la Asociación Española de Ciencia Política y de la Administración, celebrado en la Universidad de Valencia, España, del 18-20 de septiembre de 2007, participé en una mesa en la que se debatía el combate a la corrupción. De mi parte, criticaba lo negativo de la corrupción y lo que esta genera; sin embargo, otro ponente de la misma mesa refutaba lo que yo decía exponiendo las bondades y beneficios de esta mal. Yo

En febrero de 2025, a pocos días de haber asumido la presidencia de los Estados Unidos, Donald Trump “ordenó la anulación de la ley que prohíbe el soborno en otros países alegando que esta medida anticorrupción interfiere injustamente con los negocios de su país en el extranjero” (Brooks, 2025, 21). Este personaje se caracteriza por tener una personalidad plagada de antivalores, contraria a toda ética del servidor público que lo que busca es contar con gobernantes que actúen acompañados de valores y principios. Ejemplo de una conducta opuesta al espíritu del buen gobernante, es lo expuesto en el artículo publicado el 23 de enero de 2021 en el Washington Post.

Según el Washington Post, en su primer mandato “hizo 30 573 afirmaciones falsas o engañosas en sus cuatro años como presidente, cifra que aumento de seis al día en su primer año a 39 al día en su cuarto año. Aunque otros presidentes han mentido al público, ninguno lo ha hecho de esta manera. Algunas de las mentiras de Trump son triviales y muchas son egocéntricas (“Nadie construye muros mejores que yo”). Luego están sus mentiras más atroces, como la de que las elecciones presidenciales de 2020 fueron “robadas”, una mentira que se puede demostrar y es peligrosamente contraria a los hechos y que tiene graves consecuencias para la nación y la confianza pública (Rigor académico, 2024).

Por otro lado, hay que señalar que existen organismos, consultorías y áreas de capacitación política que, en lugar de formar en la ética a los servidores públicos, les enseñan a mentir y a culpar al otro a como dé lugar en temas de corrupción. Incluso se sabe que quienes reciben la capacitación son abiertamente corruptos.

4. EFECTOS DEL DISCURSO DEMAGÓGICO EN LA SOCIEDAD

El discurso anticorrupción y los personajes que lo divulgan, sin duda, generan efectos negativos en la sociedad como los siguientes:

1. Una ciudadanía hipnotizada, alienada susceptible de ser controlada.
2. Rotura de facto del equilibrio de poderes, aunque en apariencia sigan operando.
3. Gestación de un liderazgo mesiánico que excluye cualquier otra postura y fomenta la intolerancia.
4. Gestación de las bases para una futura tiranía.
5. Mantenimiento del *status quo* (gatopardismo).

Es de señalar que la alienación es un proceso por el cual un individuo o grupo de individuos pierde autonomía, conciencia y sentido crítico al ser controlado, persuadido inducido por fuerzas ajenas a él mediante diversos instrumentos: ideologías, televisión, radio, prensa escrita, redes sociales y líderes de opinión. En otras palabras, se mantiene en la ignorancia a la ciudadanía para que esta viva anestesiada, pero además creyendo que se la toma en cuenta y que todo lo que se hace es por y para ella. De esta manera, quienes ocupan el poder concentran las riquezas y privilegios además de mantener el *status quo*; se obtiene el control social de la población.

Respecto a las estrategias que usan los demagogos y manipuladores de la ciudadanía, no podemos dejar de mencionar las señaladas por Noam Chomsky en el documento denominado “Armas silenciosas para guerras tranquilas”, en el cual menciona las siguientes:

1. La estrategia de la distracción
2. Crear problemas y después ofrecer soluciones
3. La estrategia de la gradualidad
4. La estrategia de diferir

argumentaba y él contraargumentaba, llegando a un punto en que la discusión se centró en él y yo. Al percibir que aquello no tenía fin, comente: “Aquí nadie va a convencer a nadie. Claramente hay dos posiciones, una a favor de la ética, la mía, y otra a favor de la corrupción, la tuya”. Con ello, el ponente se desconcertó y avergonzó, afirmando que él no estaba a favor de la corrupción. Así quedo cerrada la discusión.

5. Dirigirse al público como criaturas de poca edad
6. Utilizar el aspecto emocional mucho más que la reflexión
7. Mantener al público en la ignorancia
8. Estimular al público a ser complaciente con la mediocridad
9. Reforzar la autoculpabilidad
10. Conocer a los individuos mejor de lo que ellos mismos se conocen

Los lugares más comunes donde se usa la manipulación y la alienación son los sistemas políticos con baja legitimidad, las formas de gobierno injustas, los gobiernos corruptos, así como las dictaduras y democracias corruptas.

Cuando los demagogos se posicionan en las diversas instituciones públicas, el Estado este se corrompe, creándose un mundo ficticio basado en mentiras. Cuando la demagogia se une al poder, los antivalores aparecen de inmediato: injusticia, nepotismo, ineptitud, ineficiencia. En suma, se multiplican los vicios y las prácticas corruptas.

En todo discurso demagógico hay una brecha entre lo que se dice y lo que es, una separación, como diría Jacques Lacán, “entre la realidad de lo real y la realidad del discurso, una incongruencia enorme”.

El falso discurso anticorrupción daña a la sociedad. El ciudadano, al hartarse de tantas mentiras, termina por no creer en la política, siente apatía, desencanto, impotencia, frustración y por ello, se niega a participar en política, dejando la puerta abierta a nuevos demagogos y corruptos. En las democracias contemporáneas existe tolerancia y permeabilidad a la falsedad, a la corrupción, a las prácticas demagógicas. Sabemos que los políticos mienten y no pasa nada. Se solapa la mentira.

Octavio Paz decía al respecto: “La corrupción de la conducta de los seres humanos se inicia por la palabra. La corrupción de las palabras es la fuente de toda corrupción. Cuando las palabras se corrompen, la sociedad se corrompe. Una nación comienza a corromperse cuando se corrompe su sintaxis” (Paz, 2003).

Al comenzar el año 2025, asumió la presidencia de Estados Unidos por segunda ocasión Donald Trump, mencionado anteriormente, un personaje, sin duda, extravagante y polémico que no solo dice mentiras sino “grandes mentiras”, término introducido por Hitler en su libro “Mi lucha”.

Trump es es muy peligroso porque al ser una figura pública, proyecta su imagen, conducta y forma de vida, no solo a la sociedad estadounidense sino al mundo, dando un terrible ejemplo de antivalores, y de inmediato surgen líderes políticos que emulan su conducta. Son ejemplos: Jair Bolsonaro en Brasil, Javier Milei en Argentina, Daniel Novoa en Ecuador, entre otros.

El derecho a la verdad es un valor universal que conviene recordar una y otra vez hasta que quede bien asimilado con el fin de estar alertas ante la presencia de los demagogos. Parafraseando a los filósofos de la Grecia clásica, se puede afirmar que los idiotas, que eran excepción, en la época actual se han extendido, tenemos verdaderas sociedades de idiotas. Ya en el siglo XVI, Erasmo de Rotterdam se preguntaba si realmente estamos cuerdos o la sociedad está construida en base a la locura.

Alejo Carpentier nos alerta sobre las palabras que solo sirven para endulzarnos el oído, al decir: “Cuidémonos de las palabras hermosas, de los mundos mejores creados por las palabras; no hay más tierra prometida que la que el hombre pueda crear por sí mismo”. En tanto que Eurípides dijo: “¡Qué dolor que las acciones no tengan voz, para que *no sean nada* los hábiles de palabras!”. Por su parte, San Agustín nos dejó escrito que “Mentir es hablar contra el pensamiento con la intención de engañar”.

Frente a un mundo de mentiras, cabe preguntarse qué hacer. El sabio Aristóteles señala un primer paso, ser veraces: “Se puede amar a la verdad y a los amigos, pero es un deber sagrado dar preferencia

a la verdad” (Aristóteles, *EN*, 1096 a, 19-21). Por su parte, Platón ya había señalado que “Quien tiene el propósito de ser realmente orador ha de ser justo y conocedor de lo justo” (Platón, *Gorgias*, 527 c).

5. FUENTES

- Abellán, Joaquín (2003), “Prólogo” en: Max Weber, *La ética protestante y el <espíritu> del capitalismo*, Alianza Editorial
- Aristóteles (1982), “Ética Nicomaquea”, en *Obras*, Madrid, Editorial Aguilar, pp. 271-526
- Brooks, David y Jim Cason (2025), “Torbellino de órdenes ejecutivas de Trump provoca fuerte ‘crisis constitucional’ en los EEUU”, *Diario La Jornada*, 13 de febrero, p. 21
- Canchola, Alejandra y Alberto Morales (2019), “Los funcionarios de mi administración deben tener 90% honestidad y 10% experiencia: AMLO”, *Diario El Universal*, 28 de noviembre, consultado el 6 de marzo de 2025. <https://www.eluniversal.com.mx/nacion/los-servidores-de-mi-administracion-deben-tener-90-honestidad-y-10-experiencia-amlo/>
- Del Pozo, Óscar (2024), “Psicópatas integrados socialmente, no delinquen, pero pueden ser muy dañinos en su entorno” EFENOTICIA, 21 de abril.
<https://www.20minutos.es/salud/psicopatas-integrados-socialmente-no-delinquen-pero-pueden-ser-muy-daninos-su-entorno-5238189/> Consultado el 25 de febrero de 2025
- Diario MX (2021), “Realizó Trump 30 mil 573 afirmaciones falsas como presidente”, 24 de enero. Consultado el 11 de marzo de 2025. <https://diario.mx/estados-unidos/2021/jan/24/realizo-trump-30-mil-573-afirmaciones-falsas-como-presidente-806036.html>
- Diccionario de la Real Academia Española (2012).
- Diego, Óscar (2017), “Introducción” en: *Madurez ciudadana. Requisito para la consolidación de una democracia ética*, México, coedición, Universidad Autónoma de Chiapas y Universidad Autónoma del Estado de México.
- Fernández, Mercedes (2024), “Psicópata de cuello blanco, qué es y cómo saber si estás con uno”, en: *Diario de Sevilla*, 8 de febrero. Consultado, 14 de marzo de 2025.
https://www.diariodesevilla.es/salud/investigacion-tecnologia/Psicopata-cuello-blanco-saber_0_1873612780.html
- García Gual, Carlos, “Introducción” En: *Fedro*, Diálogos Tomo III, Gredos, Barcelona
- Garrido, Vicente (2024), *El psicópata integrado en la familia, la empresa y la política. Claves para neutralizarlo*. Editorial Ariel
- Linares Gómez, Joan (2025), “El Idiota moral”, en *Diario.es*, consultado el 4 de marzo
https://www.eldiario.es/comunitat-valenciana/opinion/idiota-moral_129_12103873.html
- Morón, Lola (2018), “Psicópatas de cuello blanco”, *Revista El país semanal*, 22 de octubre. Consultado 10 marzo de 2025. https://elpais.com/elpais/2018/10/16/eps/1539706509_158488.html
- Parés Soliva, Marina (2008), *Aproximación al psicópata socialmente integrado. Una visión histórica. Consultado en línea el 11 de marzo de 2025.* <https://psiquiatria.com/bibliopsiquis/aproximacion-al-psicopata-socialmente-integrado-una-vision-historica>
- Paz, Octavio (2003), *El arco y la lira*, México, FCE.
- Platón (2008), *Gorgias*, en Diálogos II, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, pp. 23-145.
- Platón, (2007), *Fedro*, en Diálogos III, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, pp. 287-409.
- ¿Por qué Donald Trump dice mentiras tan descaradas? (2024), *Diario Digital The Conversation*, 21 de octubre. Consultado 12 de marzo de 2025. <https://theconversation.com/why-does-donald-trump-tell-such-blatant-lies-241192>